



De mi santoral

J. Morales de León / Letras españolas, Facultad de Filosofía y Letras

* *Un recado a San Agustín.*

He preguntado por mi amor propio; es decir, por mi castidad.

¿No sabe usted dónde se me quedó? ¿No?

Lo apreciaba tanto, tanto, que lo perdí.

Iré en busca de placeres a ver si lo puedo hallar. Alguien dice que del hastío en ellos el carácter se puede recuperar.

—¡Pobre! Eres tan torpe. Jamás te podrás dar cuenta que, otrora tu juventud, un pagano cuervo te la robó. ¡Sí!, ¿dónde te la escondió?...

...Y la risa que tenía cuando revolteaba. Tú y yo no podíamos mirar que, con el pico la devoraba...

Pasado hubo un tiempo y el cuervo se murió; yo le arranqué una pluma y con la mitra puesta me puse a escribir: "Amigo, la gracia puede resucitar, enderezar, dominar y perfeccionar."

*A Teresa de Lisieux,
la que convirtió el abandono en su única ley.*

Teresa, anoche leí tu carta. Estaba decidido a quemarla, pero no sé qué cosa me detuvo.

Hacía frío, ¿sabes?, mucho frío, y no tenía papel para prender la estufa, sin embargo, ...pensé en los días transcurridos, sin contar los del correo. Venía de allá, de ese mundo antiguo y

Sí, y comencé por leer la fecha en que la escribiste. Hace mucho tiempo, en verdad. ¡Ah!, desde entonces estabas preocupada en mí; desde mucho antes, desde quince o veinte cartas que yo había quemado —para calentarme un poco— pensando que todas dirían lo mismo.

De la fecha pasé a las letras, las claras letras sobre renglones torcidos. Lo primero —ya lo adivinaba— era lo mismo de siempre; pero no sé por qué, te digo, continué leyendo. Fue entonces cuando me encontré con lo sorprendente, cuando sentí lo maravilloso, cuando me detuve. Sí Teresa, me detuve con aquellas frases que enardecieron mi espíritu. Te lo diré, se me quitó el frío.

“La caridad entró en mi corazón con el deseo de olvidarme para siempre. Desde que no me busco en nada llevo la vida más feliz que se pueda imaginar.”

¿Por qué me lo decías? Eso no importa. Lo que me importó y encendió la chispa de “un nuevo deseo” fueron estas frases que no olvidaré nunca, nunca Teresa:

“Desde que no me busco en nada...”

Es posible que mañana cuando retorne “a lo de siempre”, es posible, Teresa, que muera “mi nuevo deseo”. Con todo, tus frases me servirán para atacar, para contradecir, para... para tratar de destruir esta pertinaz e inquieta ansia de buscarme y encontrarme, de contemplarme e idolatrarme... Tú lo sabes, Teresa, yo en todo me busco.

